

J. Ignacio San Vicente, *Nerón. La falsificación de un mito*, Madrid, Ediciones Clásicas, Colección *De falsa et vera historia*. Estudios sobre pseudoepígrafos y falsificaciones textuales antiguas, 2020, 316 pp.

Este interesante estudio constituye el primer volumen monográfico de la colección del sello editorial Ediciones Clásicas titulada *De falsa et vera historia*, pues previamente se habían publicado en ella los trabajos de congresos cuyo tema eran las falsificaciones textuales antiguas. En este trabajo se pretende ofrecer una nueva visión de una de las figuras más polémicas de la historia romana, el emperador Nerón, uno de los gobernantes más criticados y vilipendiados desde los mismos historiadores romanos de época posclásica.

Como confiesan los directores de la colección (J. Martínez e I. Velázquez, pp. 13-15) en la presentación del volumen, así como el propio autor en el prólogo (pp. 17-19), este trabajo no tiene como objetivo trazar una biografía “clásica” de Nerón, sino revisar, con todas las fuentes de que disponemos en la actualidad, algunos de los aspectos con los que se ha caracterizado al último emperador de la familia Julio-Claudia. El daño infligido a la *nobilitas* romana provocó que los historiadores posclásicos dibujaran un retrato de Nerón caracterizado por las múltiples aberraciones y las abundantes anécdotas salvajes que de él se cuentan. Sin embargo, a partir de mediados del siglo XX los investigadores se han acercado a este período histórico desde otra perspectiva y han comprobado que su gobierno no fue tan terrible como muestran las fuentes literarias clásicas. Es en esta línea de investigación en la que se inserta el volumen que presentamos.

La obra está estructurada en tres grandes partes salpicadas de imágenes de esculturas y monedas que ilustran algunos personajes y sucesos de la secuencia narrativa. La primera parte, titulada “Falsificación literaria” (pp. 21-131), la más extensa, recorre, teniendo como apoyo constante las fuentes literarias antiguas, seis aspectos fundamentales que han caracterizado siempre la figura de este controvertido emperador: su origen familiar, las muertes de las que lo declaran culpable e instigador, el incendio de Roma, la persecución de los cristianos, su megalomanía y su desmedido dispendio. En el primero de estos, el autor se remonta hasta la infancia de Agripina, madre de Nerón, para que el lector sea consciente de las intrigas palaciegas en las que se vio inmersa la familia Julio-Claudia: todos atentaban contra todos y los envenenamientos y las muertes por inanición estaban a la orden del día. Desde el primer matrimonio de Agripina con Gneo Domicio Ahenobarbo, la sibilina mujer imperial obtendrá más y más poder hasta que se case con el emperador Claudio, llegando a ser la primera mujer en la historia en recibir el título de Augusta. Desde esta posición, colocará a su hijo Nerón como el principal sucesor de Claudio en el poder. Siendo ya Nerón emperador, su principado estará marcado, en primer lugar, por la fuerte influencia de Agripina sobre el joven emperador y, posteriormente, por el alejamiento de Nerón, lo que provocará, según algunas fuentes literarias, que Agri-

pina se acerque a su hijo incluso desde el plano sexual. El segundo aspecto que se trata en esta primera parte del volumen es la gran cantidad de muertes que se le achacan a Nerón. Si bien es cierto que son numerosas las muertes provocadas, en otras, como la de Claudio (envenenamiento por setas), Británico (ataque de epilepsia) o su mujer Popea (una patada en el vientre cuando estaba embarazada), sin embargo, bien pudo ser que no fuera tan culpable como la historia nos transmite. Recientes estudios médicos e históricos han llevado a rebajar el papel que debió de jugar Nerón en estas tres muertes: era frecuente en Roma la muerte por ingesta de setas; no había venenos tan rápidos y efectivos como el que, según cuenta Suetonio, preparó Locusta para la muerte de Británico; y la muerte de Popea pudo producirse por complicaciones en el embarazo, pues sí que es cierto que ya previamente estaba enferma. Otro de los puntos clave y que han caracterizado siempre la figura de Nerón al frente de la *Vrbs Aeterna* ha sido el incendio del año 64. Las fuentes literarias, marcadamente antineronianas, imputan al emperador y lo declaran promotor del incendio. El autor de este estudio, tras analizar las fuentes conservadas, llega a la conclusión de que el incendio debió de ser fortuito. En efecto, eran frecuentes y recurrentes los incendios en la ciudad, para lo cual el emperador Augusto creó un cuerpo de *vigiles* (una suerte de bomberos), que llegó a contar con un total de 7000 hombres. Las técnicas empleadas para la extinción del incendio del 64, bien narradas por Tácito, son utilizadas aún hoy, como, por ejemplo, quemar preventivamente zonas colindantes para que el fuego no se extienda más. El problema es que la megalomanía del emperador hizo que se aprovechara de este terrible incidente para comprar a las grandes familias aristocráticas los terrenos adyacentes a precio de saldo con el objetivo de construir su gran *Domus Aurea*. Ello causó el fin de su relación con la aristocracia, rango social al que pertenecieron los historiadores que nos han transmitido el gobierno de Nerón. El cuarto punto estudiado es el título otorgado por las fuentes clásicas de “primer perseguidor de los cristianos”. Como es sabido, a Nerón se atribuyen las muertes del apóstol Pedro y de Pablo de Tarso y se ha aceptado de forma unánime el relato iniciado por Tácito y seguido después por el resto de autores: Nerón fue el emperador que comenzó las persecuciones contra los cristianos. Sin embargo, sigue siendo una cuestión aún debatida la presencia de Pedro en Roma y sus torturas, de las cuales tenemos constancia gracias a las fuentes tardías y partidariamente cristianas. En cuanto a la megalomanía de nuestro emperador, más allá de la ya mencionada construcción de la *Domus Aurea*, señala acertadamente el autor que fueron muchas y muy buenas las medidas que adoptó para evitar que se produjera otro incendio de tales características, como la creación de pórticos y el ensanchamiento de las calles. El último punto estudiado dentro de este primer bloque es la gran crisis económica y el dispendio imperial. Las exigencias del emperador hacia las provincias eran desmedidas (no sin razón las revueltas que acabaron con su gobierno se iniciaron en ellas) y las reformas económicas que quiso implantar chocaron con el Senado y el orden ecuestre, pues afectaban a sus intereses. Asimismo, la reconstrucción de la ciudad tras el incendio del año 64 también debió de acarrear un enorme gasto, además de los ya excesivos costes del ejército en las expediciones militares. Es, sin duda, la gran crisis económica una de las causas fundamentales que provocaron la caída del emperador.

Tras este repaso a los aspectos fundamentales que rodean la figura de Nerón, el segundo bloque (pp. 133-199) se centra en examinar la propaganda e imagen que el emperador quiso ofrecer al pueblo sirviéndose de la literatura, la acuñación de mo-

nedas y las representaciones teatrales. Quiso asemejarse, sobre todo en los primeros años, a Augusto, quien tuvo a Apolo como su divinidad protectora. A ello Nerón sumó la faceta de Apolo citaredo –una imagen también empleada en la acuñación de monedas–, de modo que así fundamentó su papel como artista, actor y citaredo. La escultura, la pintura, el canto y la danza no estaban bien vistos por la sociedad romana, pues eran actividades que, por lo general, practicaban los esclavos o personas de baja condición social. El hecho de que un emperador se dedicara a estas actividades no fue, por tanto, muy bien acogido. Además, quiso ser asemejado con Apolo auriga y para ello aprendió a conducir cuadrigas, llegando incluso, a partir del año 64, a participar en espectáculos públicos. De nuevo, ser auriga era considerado como una actividad impropia de un emperador, pero estaría algo mejor visto por el hecho de que en estas carreras se ponía en riesgo la vida. Además de Apolo en sus múltiples facetas, quiso ser identificado con Hércules, el gran héroe civilizador: Nerón pretendió relacionar las grandes obras que proyectaba llevar a cabo con las hazañas hercúleas. Entre las otras actividades intelectuales y artísticas en las que se ejerció Nerón, se cuenta que sus composiciones poéticas eran de gran calidad (su poema más famoso se titula *Troica* y cantaba la destrucción de Ilión), a tenor de lo transmitido por Suetonio y Marcial. Como actor, se ha querido ver una relación entre las acciones del emperador y los papeles que representó, como Orestes el matricida, por citar un ejemplo. Fue, además, un gran amante del canto y de la representación de los pantomimos (aunque únicamente actuara de forma privada) y un innovador musical con un nuevo tipo de órganos hidráulicos.

La tercera y última parte de esta obra (pp. 201-274) está dedicada al análisis de la muerte de Nerón y del mito posterior generado por los autores antiguos. Hubo diferentes conjuras, la muerte de Corbulón y otros sucesos históricos que ocasionaron que, en el año 67, Vindex enviara cartas a otros gobernadores promoviendo un alzamiento. Tanto Nerón como Vindex mantuvieron una fuerte lucha propagandística para situarse bajo la protección de Hércules. Tras la muerte de Vindex parece que Nerón revierte la situación, pero debido a algunas deserciones finalmente el Senado acaba proclamando a Galba emperador y condena a Nerón como enemigo público, momento en el que se suicida. Tras su muerte, son dos las posturas en Roma: el Senado y la aristocracia (a la cual pertenecen los escritores que narran la vida de Nerón) estaban completamente en contra de todo lo que había hecho y dicho Nerón, mientras que la plebe añoraba su regreso. La construcción de grandes obras públicas como termas y teatros y la participación del emperador en los juegos, los cuales habían aumentado durante su mandato, habrían provocado que la plebe se mostrara abiertamente filoneroniana. Tras la ineptitud de Galba, se alzó Otón, amigo de Nerón y primer esposo de Popea, quien quiso seguir una política similar a la del vilipendiado emperador, a pesar de que mantuvo un trato más conciliador con el Senado. Vitelio, su continuador, era también un gran amante de las carreras y los espectáculos, se alojó, igual que Otón, en la *Domus Aurea* y quiso vincularse con la memoria de Nerón. Vespasiano, por el contrario, se distanció claramente en su propaganda de Otón, Vitelio y Nerón, aunque intentó mantener su buena relación con la plebe con la construcción de un anfiteatro para potenciar los juegos puramente romanos, alejándose, así pues, del filohelenismo neroniano. Esta terrible imagen de Nerón choca sobremedida con los llamados “cotorniatos”, una especie de monedas que aparecieron en el siglo IV con figuras y relieves de espectáculos y carreras de cuadrigas en las que emerge abundantemente la figura de Nerón. Estas piezas parecen haber cum-

plido diversas funciones, como fichas de juego o amuletos de buena suerte en apuestas. La amplia presencia de Nerón no deja de ser una muestra de su gran popularidad entre la plebe por todo lo que hizo en favor de los espectáculos. El último punto de este tercer bloque es la evolución de la figura de Nerón dentro de la historiografía. Desde las fuentes clásicas hasta el Renacimiento la imagen difundida ha sido la de un asesino, incendiario, prácticamente un Anticristo venido de Oriente. Sin embargo, desde inicios del siglo XX se han revisado las fuentes primarias y se han diferenciado luces y sombras en su principado. El autor ofrece aquí una revisión bibliográfica en la que se listan y resumen los trabajos que se han centrado en analizar a Nerón desde una perspectiva moderna y que han llegado, incluso, a vislumbrar aspectos positivos en su gobierno.

Cierran este interesante volumen un cuadro cronológico (pp. 275-279), una muy completa bibliografía (pp. 281-306), dividida en “Fuentes antiguas”, “Libros y artículos” y “Procedencia de las ilustraciones”, así como unos índices (pp. 307-316) analítico, de fuentes, de topónimos y onomástico.

En definitiva, el libro es un buen ejemplo de la revisión a la que deben ser sometidas las fuentes clásicas y cómo una relectura de los pasajes más significativos de la historiografía romana, junto con el apoyo de los estudios arqueológicos y otras aproximaciones interdisciplinarias, pueden aportar algo de luz a momentos históricos tan oscuros y turbulentos como el principado de Nerón.

Iván López Martín